



Ricardo Bedoya: Las fases de las invasiones extraterrestres que describes en el libro encuentran similitudes con la irrupción de zombis —impulsados por virus y pandemias— en muchas ficciones actuales. ¿Los nuevos miedos producen nuevas amenazas? ¿Se puede homologar una con la otra?

Carlos A. Scolari: En el 2020, hablar de virus y pandemias en términos de ficción suena muy raro, sobre todo si tenemos en cuenta que la agenda mediática mundial cayó rendida a los pies de un coronavirus proveniente del Lejano Oriente... Podemos identificar similitudes y diferencias con las invasiones extraterrestres. Las grandes invasiones alienígenas de la década de 1930 estaban comandadas por orientales. El paradigma del invasor era el malvado emperador Ming de *Flash Gordon* (1980). Y esto no es casualidad: en ese momento histórico el gran enemigo de los Estados Unidos no era tanto la Alemania de Hitler sino Japón. El imperio oriental era la gran amenaza, el “peligro amarillo”, y la narrativa popular se limitó a trabajar ese miedo desde la ficción. Algo similar pasó con

Foto:
Pánico mortal

el coronavirus proveniente de China a comienzos del 2020: generó un miedo a “lo oriental” que llevó incluso a vaciar los restaurantes chinos en algunas ciudades occidentales. No es casual que Donald Trump, en su cruzada personal contra la nueva potencia hegemónica, se refiera al COVID-19 como el “virus chino”: de esta manera estaba activando memorias profundas de la sociedad estadounidense que incluyen desde el emperador Ming hasta el ataque a Pearl Harbor en 1941.

Obviamente, la gran diferencia entre las invasiones alienígenas y las virales es que las primeras están dirigidas por una inteligencia extraterrestre y las segundas emergen de la misma dinámica de los ecosistemas biológicos. Ahora bien, en algunos casos las invasiones alienígenas también siguen patrones casi biológicos

El regreso de los virus mutantes.

Invasiones, resistencias y pandemias.

DIÁLOGO ENTRE

Carlos A. Scolari y Ricardo Bedoya

Presentamos un adelanto de esta conversación que será publicada de forma íntegra en el libro de Carlos Alberto Scolari *No pasarán. Las invasiones alienígenas: de H. G. Wells a Steven Spielberg (y mas allá)*, que será lanzado por el Fondo Editorial de la Universidad de Lima.

(por ejemplo: cuando la invasión-migración está motivada por el agotamiento de los recursos de un planeta) o utilizan armas bacteriológicas durante la invasión. Un caso es la saga *The War Against the Chtorr*, una serie de novelas de ciencia ficción de David Gerrold. En ella los alienígenas comienzan a transformar el ecosistema terrestre para que “esté a punto” al momento de su llegada. Finalmente, no debemos olvidar la invasión de las “microscópicas esporas” interestaciales presentadas en *Pánico mortal (The Quatermass Xperiment, 1955)* o en *The Body Snatchers (Finney, 1955)* —posteriormente llevada a la pantalla grande como *Muertos vivientes (Invasion of the Body Snatchers, 1956)* — o los virus alienígenas descritos por Eric Frank Russell en el cuento *Impulse (1938)*.

R. B: ¿Los imponentes extraterrestres de otros tiempos han dejado de ser (y parecer) lo que eran? Diera la impresión de que el pavor que causaba la fantasía de la invasión extraterrestre hubiera mutado. Acaso una película como *Muertos vivientes* resulta precursora de ese cambio. Las esporas llegadas del espacio exterior no lucían los

rasgos del monstruo. Nada que ver con las figuraciones clásicas de H. G. Wells-Byron Haskin o con las naves invasoras de la serie B de Fred F. Sears. Los insidiosos usurpadores se infiltran en los cuerpos de esos buenos ciudadanos estadounidenses para transformarlos desde adentro. Para convertirlos en extraños siendo siempre iguales. De alguna manera anticipan a los zombis —aunque sin sus apegos antropofágicos— de las películas de los últimos cuarenta años, desde George A. Romero en adelante. Y a los personajes de las películas de David Cronenberg, extrañados por sus propios e incontrolables organismos.

C. S: Ese es, sin dudas, un filón, el de los alienígenas que se alejan de la forma humana o reptiloide para adoptar las más variadas modalidades, desde la espora hasta el virus, el insecto o incluso

el invasor que es pura energía. En el capítulo 4 de *No pasarán...*, titulado “Breve tratado de anatomía marciana”, repaso estas diferentes formas que adopta el invasor. Sin embargo, el clásico alienígena con rasgos reptiloides o insectoides sigue plenamente vigente en obras relativamente recientes como *Día de la independencia* (*Independence Day*, 1996), en su secuela *Día de la independencia: contraataque* (*Independence Day: Resurgence*, 2016) o en *La guerra de los mundos* (*The War of the Worlds*, 2005).

Coincido en que, cuando se trata de invasores virales, el universo de las invasiones alienígenas confluye con el mundo de los zombies. Quizá la diferencia se encuentra en que el zombi es un ser que, si bien se mueve en manadas, no deja de ser un individuo aislado sin vida social y que solo responde a su instinto; en cambio, los alienígenas que se han clonado dentro del cuerpo humano en esa maravilla de película que es *Muertos vivientes* forman parte de un organismo social superior muy sofisticado pero que ha eliminado cualquier atisbo de individualidad.

Y ya que hablamos de cuerpos y cruces entre géneros narrativos, no nos olvidemos de los vampiros espaciales. Como escribo en el libro, hay obras muy interesantes, como la novela de Colin Wilson, *The Space Vampires* (1976), que inspiró a su vez el largometraje *Fuerza siniestra* (*Lifeforce*, 1985). El cuerpo está siempre al centro de estos cruces, ya sea el cuerpo muerto del zombi que sigue haciendo de las suyas, el cuerpo clonado o copado por los invasores espaciales o el cuerpo eterno del vampiro. Todos estos cuerpos necesitan de otros cuerpos, ya sea para alimentarse, para reproducirse y ampliar la invasión, o para extraer su fluido vital. De todos ellos, sin dudas, la forma más inquietante es la del cuerpo clonado u ocupado por un alienígena: a diferencia del zombi o del vampiro, este cuerpo es físicamente idéntico al original y genera una agobiante sensación de incomodidad en sus familiares o amistades.

R. B: Me pregunto qué pasó en el ínterin. ¿Qué fue lo que limó los bordes amenazantes de los llegados de otros mundos hasta convertirlos en objetos de curiosidad de psicólogos y lingüistas, como en *La llegada* (*Arrival*, 2016)? ¿Será que la bonhomía de François Truffaut, en *Encuentros cercanos del tercer tipo* (*Close Encounters of the Third Kind*, 1977), extendió una carta de bienvenida, sin plazo de vencimiento, a los “niños salvajes” llegados de espacios desconocidos? ¿Tal vez esa cordialidad, sumada a la representación de un E. T. *El extraterrestre* (*E.T. The Extra-Terrestrial*, 1982) entrañable, un chico más del suburbio, acaso con una apariencia extraña, pero nada amenazante, que solo es capaz de provocar un primer susto a Drew Barrymore, libró de asperezas a los seres de otros mundos? Recuerdo haber leído en la revista *Positif* un artículo que destacaba la apariencia excrementicia del extraterrestre que quiere regresar a su casa. E. T. como mojó. El ser llegado de arriba es tan humano en sus afectos (o tan trivial) que resulta homologado con aquello que expulsamos de las entrañas.

C. S: ¡Es muy freudiano ese artículo que mencionas! Me parece que el filón más tradicional —el del extraterrestre

como enemigo invasor— sigue gozando de una mala salud de hierro en la gran pantalla, basta pensar en *Día de la independencia: contraataque*. ¡Los invasores malos siempre están volviendo! Es como si no aprendieran de sus derrotas. Por otra parte, para seguir con el registro psicoanalítico, en esa película los humanos han perfeccionado sus sistemas de defensa planetaria después de la experiencia de 1996. Sin embargo, en pocos minutos, los alienígenas se cargan esa sofisticada red espacial que en teoría iba a proteger la Tierra. Como cantaba Silvio Rodríguez, “la mato y aparece una mayor...”.

R. B: Es una “humanización” que erradica las epifanías y deslumbramientos. *La llegada*, por ejemplo, imagina el costado ordinario de una situación extraordinaria. Las criaturas del espacio aparecen separadas de los humanos por una pantalla de vidrio y el encuentro con ellos se asemeja a una liturgia austera, despojada de cualquier solemnidad. Las fanfarrias usuales en el género al uso quedan a un lado; solo vemos gestos de contemplación y sentimientos una extraña melancolía. Acaso por lo que se perdió: esos misterios que antes llegaban acompañados de pavor y violencia y que ahora pueden ser descifrados usando las herramientas conceptuales de la semiótica y echando mano al lirismo, a veces empalagoso, de las películas de Terrence Malick.

C. S: *La llegada* es una *rara avis*, una película que va a contramano de toda una tradición aunque la rebelión de un grupo de militares, que se hartan de tantos experimentos lingüísticos para encontrar un punto de contacto cultural con los alienígenas, nos lleva a un territorio bastante conocido. Ese resurgimiento del ADN destructivo lo encontramos en infinidad de producciones, desde *¡Marcianos al ataque!* (*Mars Attack*, 1996) hasta *El cazador de sueños* (*Dreamcatcher*, 2003). Obviamente, el antecesor de la reacción bélica enloquecida la refinó Stanley Kubrick en *Doctor Insólito* (*Dr. Strangelove or: How I Learned to Stop Worrying and Love the Bomb*, 1996), pero en casi todas estas historias, antes o después, aparece un general pasado de revoluciones con ganas de apretar el botón rojo y cortar por lo sano. Pero volviendo a *La llegada*, me gusta mucho ese tratamiento ordinario de un evento extraordinario. La vida es eso: un día te avisan que debes quedarte en casa porque hay cuarentena y sabes que nada volverá a ser como antes. ◻